

nes particulares, presentadas lo largo del proceso de diálogo, que solo comprometen a sus autores. Estos trabajos son mayoritariamente de carácter exegetico e histórico: B. Dupuy, *Le fondement biblique de la primauté romaine*; O. Clément, *Le pape, le concile et l'empereur au temps des sept conciles oecuméniques*; H. Legrand, *Le synode de Sardique et sa réception*; B. Bobrinskoy, *Photius et l'affrontement de deux ecclésiologies*, B. Dupuy, *La pentarchie, origine et signification*; E. Méliá (†), *Pentarchie et primauté*; C. Argenti, *Liberté des Eglises locales et unité de l'Eglise*.

Los trabajos están conducidos por la idea común de releer la historia de la Iglesia indivisa del primer milenio, al que se califica como «periodo edificador de la Iglesia». La Iglesia, originada en el misterio de la comunión trinitaria, se realiza concretamente en las Iglesias locales reunidas por la Eucaristía celebrada por el pastor, cuya tarea es guiar y vigilar la unidad y vitalidad de la Iglesia, en fidelidad al evangelio recibido de los apóstoles. Ahora bien, ¿cuál es la misión del primado romano en la comunión de las Iglesias, tras un segundo milenio de separación? Los diversos autores intentan dar respuesta, cuando ya nos acercamos al tercer milenio, examinando la cuestión a la luz de la historia, y con la intención de ofrecer a la autoridad de sus Iglesias las convergencias alcanzadas en su diálogo común.

Como es lógico, el documento conclusivo ofrece un interés de primer orden para hacerse cargo de los puntos de encuentro y las cuestiones que permanecen abiertas en este diálogo. Resulta significativo, por subrayar algún aspecto, el reconocimiento común de que sólo en una eclesiología de comunión cabe comprender el primado del Obispo de Roma en la Iglesia universal. Se le asigna un fundamento dogmático, aunque señalando también que debe ser

abordado desde el punto de vista histórico y eclesiológico. También hay una insistencia en que las formas de ejercicio del primado pueden conocer en un futuro una real diversidad, especialmente respecto de la tradición oriental, como lo fue en el pasado. Es interesante la observación de que la función primacial tiene como raíz teológica el episcopado mismo, y en consecuencia, lo jurisdiccional no puede verse aislado de la raíz sacramental del episcopado. En fin, cabe resaltar la afirmación de que no deben oponerse eclesiología universalista y eclesiología de la Iglesia local: más bien se trata de captar la «simultaneidad» de lo local y lo universal. La cuestión de la «prioridad» de lo universal o de lo local, suscitada en los últimos tiempos de manera a veces ambigua, es rechazada como falso planteamiento; sin embargo, aquí cabrían matizaciones clarificadoras que no se abordan explícitamente.

Permanecen todavía cuestiones abiertas, dada su complejidad. En efecto, cabe augurar que con el tiempo la teología católica sea capaz de presentar de manera adecuada y aceptable para los hermanos ortodoxos lo que todavía sigue siendo un *punctum dolens* del diálogo ecuménico, la definición del primado papal del Vaticano I.

José R. Villar

**Marie-Joseph NICOLAS, O. P.**, *Court Traité de Théologie*, Desclée, Paris 1990, 333 pp., 24 x 15, 5; trad. cast. *Compendio de Teología*, ed. Herder, Barcelona 1992, 359 pp., 14x21,5.

Esta bella síntesis de la entera teología dogmática católica está dirigida a «todos los que aspiran a conocer mejor su fe, a estar más seguros, a hablar de ella a otros para que la encuentre o la

reencuentren», especialmente a los numerosos laicos que siguen cursos de formación religiosa, y también a los estudiantes de teología que echan en falta una síntesis y a los sacerdotes. Pero también a los teólogos, con los que el autor ha dialogado a lo largo de todas las páginas, de un modo silencioso y sin citas explícitas; sin discusiones detenidamente desarrolladas, pero teniendo presentes, subyacentes, los grandes debates contemporáneos, ante los que el autor toma partido.

Es una obra escrita desde una larga experiencia y una profunda madurez en el estudio y la enseñanza de la teología (sólo desde esa situación se puede lograr un libro así), con una clara inspiración tomista, que sabe llegar más allá en los planteamientos en que parece necesario, y que muestra la concatenación y la correspondencia entre las verdades que no forman más que una única verdad.

El texto es una exposición lineal, en la que casi todas las citas son escriturarias o de Santo Tomás, pero en la que no faltan, más bien al contrario, las vías de interrogación y de admiración. Algunas añadidas a cada capítulo. Es un libro denso pero no hermético, sino más bien resplandeciente con los reflejos de la verdad que se contempla y se busca comprender mejor.

Quizá hay capítulos o secciones más relevantes. Sin duda, una es la que se refiere a la naturaleza humana de Jesucristo y particularmente a su ciencia humana: sobre el conocimiento de visión, sobre el conocimiento profético y el experimental. Pese a su brevedad es interesante la exposición de la teología de la Creación y la Gracia. La consideración analógica del Pecado original, su distinción y relación con el pecado del mundo y la interpretación de pasajes clásicos de S. Pablo como referidos a la situación universal de pecado personal en sentido propio.

A diferencia de su hermano, también dominico, Jean Hervé Niccholas que en su *Synthèse dogmatique* (pp. 543-545) parece minimizar el ejercicio del Sacerdocio de Cristo después de la consumación universal, e incluso la idea precisa de una presencia del sacrificio de Cristo en el cielo, nuestro autor considera «la presencia en nuestro nombre, en el corazón mismo de la Divinidad, del impulso del ofrecimiento comenzado en la tierra, eternizado en el cielo» (p. 238); «En el Reino de Dios plenamente realizado, en la inundación de la creación por lo divino, la Humanidad de Cristo no cesa de ser el mediador en la gloria» (p. 327): enfoque que parece más de acuerdo con las enseñanzas escriturarias y tradicionales sobre la liturgia celestial.

En resumen, pese a su brevedad, y quizá también gracias a ella y al esfuerzo de penetración y decantación de lo esencial que exige, nos encontramos ante una obra lograda. No una aportación genial, especializada y erudita en cuestiones particulares, sino un armonioso fruto del ejercicio de la *fides quaerens intellectum*.

E. Parada

**Christoph SCHÖNBORN**, *La Vie éternelle*, Mame, Paris 1992, 194 pp., 21 x 14.

El libro recoge cuatro artículos ya publicados —dos en «Communio» (1984 y 1990), uno en «Esprit et Vie» (1986) y otro en Documentos «Omnis Terra» (1983)— y otros tres de los que no consta lugar ni fecha de publicación anterior. En el año 1987, con el título *Existenz im Übergang*, apareció, editado por Johannes Verlag, una colección incompleta de estos artículos, referentes a la divinización, la reencarnación y la muerte.